

—Os entiendo: vendré solo.
—Sí, que la noche es oscura.
—¡Oh! Y por tamaña ventura,
fuera yo de polo á polo.—

Salió el Príncipe, y la bella,
orgullosa por su amor,
saliendo hasta el corredor,
dejó el camarín tras ella.

Todo en él fué soledad,
y la cortina arrugando,
vióse al Duque murmurando,
inmóvil en la obscuridad:

«He aquí que todo lo pierde
por no pensar mi mujer
que yo me puedo esconder
tras esta cortina verde.»



Justos por pecadores.

Es Clara una hermosa niña
que en la faz muestra gentiles
de sus diez y siete abriles
los encantos á la vez.
Sencilla, mas sin que el mundo
la sobrecoja ni empache;
las pupilas de azabache,
y de azucenas la tez.

Suelta y libre la cintura,
como la noche el cabello,
transparentes en el cuello
venas de virgen azul.

Pie breve y aéreo paso,
más inquieta y más ligera
que en la fértil primavera
las hojas del abedul.

Gacela del mirar dulce
la llamó un árabe errante;
sol, azucena y diamante,
las gitanas que la ven.
El árabe en sus desiertos
con su memoria camina;
Egipto la vaticina
infinito amor y bien.

Sus ojos brillan tranquilos
como una noche serena;
su alma en ellos se ve ajena
de temor y de inquietud.
El Duque la dice «amiga»,
doña Inés la dice «hermana»,
los mancebos «soberana»,
y «hermosa» la multitud.

Si se reclina cansada
junto á la fuente sonora,
la náyade protectora
parece de su cristal.

Si corre de los jardines
por las sendas desiguales,
semeja entre los rosales
una sílfide ideal.

Si sonríe, es su sonrisa
tan pura y tan hechicera
cual la blanca luz primera
del alba limpia de Abril.
Su voz es á quien la escucha
red amante, oculta vira,
y el aliento, si suspira,
aura olorosa y sutil.

El Duque parte con ella
todo el amor de su esposa;
doña Inés procura ansiosa
con ella olvidarse dél.
Y es Clara, partiendo entrambos
su purísimo cariño,
para aquélla un tierno niño,
y un serafín para aquél.

Pasó toda aquella tarde
en el huerto entretenida,
con una dueña que cuida
sus caprichos de cumplir.
Cayó el sol; enlutó el cielo
la impalpable sombra inmensa;
la noche lóbrega y densa
amagó el mundo cubrir.

Guardó Clara sus cabellos
con un velo, del rocío;
cruzando el jardín umbrío,
hacia el camarín tornó.
Y asida á un ramo de flores
que robó á la primavera,
por una obscura escalera
hasta el corredor llegó.

Allí doña Inés, posada
la mano en el antepecho,
miraba un camino estrecho
que oculto á la calle da.
Y en el jardín, tras la dueña
que recatada le guía,
por la misteriosa vía,
rápido el Príncipe va.

Clara entonces, silenciosa,
viendo á Inés tan distraída,
de su estancia la salida
ganó á su espalda veloz,
Cayó la puerta de golpe
con estrépito violento,
y oyóse en el aposento
del Duque ronca la voz.

Tornóse Inés aterrada;
oyóse dentro un gemido;
aplicó atenta el oído,
y dijo temblando: «El es.»
Rápida, desalentada,
por el corredor saltando,
dió al jardín, encomendando
su salvación á sus pies.

Trémulo, descolorido,
el Duque de allí á un momento,
saliendo del aposento,
embozado apareció.
Caló el sombrero á los ojos,
y dando vuelta á la llave,
con paso callado y grave
la escalerilla bajó.



Un apéndice á las ventanas de la Duquesa.

Triste y lóbrega es la noche;
no está en el cielo la luna
colgada como una antorcha
entre la niebla nocturna.
No es azul el firmamento;
que le encapotan y enlutan
informes masas de nubes,
que á paso tardo le cruzan.
Todo es silencio en Segovia;
las ráfagas no murmuran,
que el aire denso y pesado,
vecina tormenta anuncia.
Triste y lóbrega es la noche;
yace la ciudad á obscuras
en brazos del primer sueño,
inmóvil, opaca y muda.

Con precaución cautelosa
que intento secreto anuncia,
corrió una mano el cerrojo
de un postigo que se ofusca
en un lado del alcázar,
entre prolijas molduras.
Por ella dos embozados
salieron: ya que la alumbra
débil luz de una linterna,
por defuera la aseguran.
Como mucho se recatan
y es la sombra tan confusa,
no se percibe á lo lejos
ni su faz ni su figura.
Porque es la sombra un cristal
que los celos enturbian,

y el objeto que se mira
se disminuye ó se abulta.
Tan velozmente caminan,
que pueden dejar en duda
si su acelerada marcha
es persecución ó fuga.
Doblan esquinas y calles,
plazuelas y plazas cruzan;
dijeran que van perdidos
sin encontrar lo que buscan.
Mas tan decididos siguen
la dificultosa ruta,
que bien se ve que no yerran
ni se desorientan nunca.
El ferreruero cruzado,
á los ojos la capucha,
la barba sobre los pechos;
el morterete sin pluma,
van su camino en silencio
con planta firme y segura,
y el uno delante el otro,
ni se paran ni se juntan.
Debajo de unas ventanas
que con labores difusas
cercan muchos arabescos
de primorosa escultura,
detúvose el de delante
diciendo: «Vela y escucha,
esperando que yo vuelva
sin que nadie me descubra.»
Replicó el otro en voz baja,
saludando con mesura:
«Y si una ronda....»

—Que pase,
que mi grandeza te escuda.

—¿Y si un curioso?.....

—Que vuelva

Atrás.

—¿Y si me importuna?

—Requiere, si no eres manco,
la razón de tu cintura.»

Siguió adelante, esto dicho,
y primero que él acuda
á dar, prevenido y cauto,
ó noticia ó seña suya,
abriéndose una ventana,
lanzó de su sombra muda
con una escala de seda
una voz que dijo: «Suba.»
Subió el galán; mas llegando
veloz á la cuerda última,
un brazo que sacó un hombre
que esconde la catadura,
dándole aprisa un saquillo,
dijo: «Tome lo que busca.»
Y cerrando la ventana,
mano, voz y hombre se ocultan.
A tal momento, en la calle,
con voz de duelo y angustia

un ¡ay! lanzando una dama,
de la escala se asegura.

Bajó el caballero, y ella,
jadeando le pregunta:

«¿Vivís?», y asiendo el estoque,
él replicó: «¿Quién lo duda?»

Llegó en esto el apostado
con la linterna, y á una,
dama y galán prorrumpieron:
«¡Don Enrique!» «¡Inés!» «Alumbra.»

Abrió el Príncipe el saquillo,
y sintiendo la tela húmeda,
metió la mano, y asiendo
con asombro lo que oculta,
sacó de la hermosa Clara
la cabeza infantil, mustia.

«¡Santos del cielo! ¡Mi hermana!»

«Su sentenciá era la tuya,
dijo á doña Inés el Príncipe;
válgate, pues, tu fortuna.»

Y dando á la dama el brazo,
tomando su antigua ruta,
entraron en el alcázar
por la puertecilla oculta.



A luengas edades luengas novedades.

I

El Príncipe pasó á Rey,
y, como era de esperar,
todo debió de cambiar,
sujeto á distinta ley.

Era la Reina muy bella;
mas, como bella, celosa;
y otra alguna, por hermosa,
no tiene igualdad con ella.

Así que, el Rey don Enrique,
si no adquirió más virtud,
de su ociosa juventud
puso á los vicios un dique.

De sus amigas livianas,
mucho el número menguó,
y á la Reina encomendó
sus más lindas cortesanas.

Es verdad que, á las dos leguas,
doña Guiomar, cada día,
entretenerle solía,
dando al matrimonio treguas.

Y es cierto que, tan leal
á su Príncipe como ella,
de su amor le hace querella
Catalina Sandoval.

Mas pecados Reales son,
que tachar fuera imprudencia:
son del cetro una exigencia,
excesos del corazón.

Que es mezquino, á nuestro ver,
que mandando tanta gente,
un monarca se contente
con tan solo una mujer.

Si Dios condena el amor
á la mujer del vecino,
no habla el precepto divino
con él con tanto rigor.

Y sin duda alguna es bien
que, pues la ley dan los reyes,
sean ellos con las leyes
privilegiados también.

Por eso, en una alta torre
que al campo del moro cae,
por do Manzanares trae
sus corrientes, cuando corre,
se oye en la noche callada,
sobre las alas del viento,
un dulcísimo lamento
y un arpa bien acordada.

Por eso, en la noche oscura,
dice el necio centinela,
que en aquella parte vela
la bruja que el Rey conjura.

Pues de tiempo inmemorial,
por entre el vulgo se suena
que allí encontró el de Villena
un colega espiritual.

Distinto habitante mora
hoy en la torre precita;
mas quiénes ó quién la habita,
el vulgo y la Corte ignora.

Porque aunque á veces en ella
se oye que en trova confusa
la voz de quien canta acusa
los rigores de su estrella,

Se oye también que suspira
tan amantes cantilenas,
que si canta entre cadenas,
no canta, sino delira.